



EL

# CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—Vida y Muerte (poesia), por don Antonio Arnao.—Contra Soberbia Humildad (continuacion).—La Desposada Imperial (continuacion).—Crescendo (poesia), por don P. A. de Alarcon.—Variedades: Vocabulario del Amer (continuacion)—Modas.—Teatros.

## INSTRUCCION.

### *La Sociedad.*

La sociedad, ese teatro del mundo, donde representan unos lo que son, y los mas lo que desean ser, es un magnífico objeto de estudio; es tambien un gran libro abierto siempre para el que en él sabe leer, y para dar á todos lecciones.

Pero nadie las necesita como la mujer; nadie como esa juventud para quien escribimos, cuyo virginal corazon solo abriga esos venturosos y nobles sentimientos que inculca una esmerada y religiosa educacion, y una instruccion amena.

Rodeados en nuestros primeros años de séres tan sencillos como inocentes; creyendo que la maldad va siempre revestida con las satánicas formas que nos contaron y abultó la imaginacion, exajerada en la niñez, no es fácil comprenderla con el disfraz que se presenta en el trato del mundo. Por esto no creemos nada mas inconveniente, mas pernicioso, que ese paso repentino desde el colegio á la sociedad, desde la mansion de la paz á ese palenque de continua lucha, donde suelen ser las armas de la pelea la hipocresía, la falsedad, la mentira, y quizá vence el mas diestro.

No se crea que dejan por esto de hallarse las mayores virtudes: abundan mas que los vicios; pero sin que nos fijemos en uno ú otro extremo, que seria arbitrario, podemos considerar á la sociedad como el conjunto de todos esos elementos que se chocan y combaten, y que así como el general necesita conocer el campo en que ha de pelear, así necesitamos tambien conocer mas ó menos la sociedad en que hemos de vivir combatiendo; pues peleará mejor quien mas la conoce.

Y no es tan fácil, en verdad, su conocimiento, ni debe pretenderse sin una mediana instruccion; porque no se estudia á las personas como Lavater, por su fisionomía, sino por su conversacion, por sus acciones; procurando leer en su interior para comprender si siente el corazon lo que dice la boca, y si violenta su natural con su proceder. Quien sepa estudiar el corazon humano, quien vea en evidencia á las personas, podrá conocerlas bien, y esto importa mucho, es el todo para el trato social.

La Bruyère, La Rochefoucauld, Say, y muchos escritores antiguos y modernos han escogido para asunto de sus obras al hombre y la sociedad, y al decir el hombre, se comprende colectivamente á la mujer, y no han agotado el escribir sobre los vicios y las virtu-



des sociales, sobre los gustos, los caprichos, las ridiculeces, sobre todas las pasiones, sobre todos los intereses que se ponen en juego y se chocan de continuo.

Por eso nunca será bastantemente encarecida la necesidad del conocimiento de la sociedad, la experiencia del mundo que, como ya se ha dicho, «no se compone del número de cosas que se han visto, sino del número de cosas sobre las cuales se ha reflexionado. ¡Cuántas personas hay que despues de grandes viajes y una larga vida no están sin embargo mas adelantadas!»

Con la enseñanza que deseamos, no solamente procuraremos conocer á los demas, sino á nosotros mismos, empresa tan difícil como necesaria, y que debe ser nuestra aspiracion constante para merecer la estimacion que cada uno desea, y que forma el concepto público, de tan alto precio en la mujer, que no debe olvidar es mas respetada aquella de quien menos se habla.

*A. Pirala.*

## LITERATURA.

### VIDA Y MUERTE.

El ángel de la muerte  
que sobre el mundo vela,  
de tu morada triste  
llamó ayer á las puertas.

Fuése al humilde lecho  
donde en amarga pena  
tu anciano padre oía  
las horas postrimeras;

Y el grito desdeñando  
de tu amargura inmensa,  
con su afanoso espíritu  
voló á la patria eterna.

¿Por qué tan sin consuelo  
gimes, paloma bella,  
por el que ya dichoso  
libróse de cadenas?

Si sabes que la vida  
se pasa en la tristeza,  
cual fugitivo arroyo  
que en espinar serpea;

Si sabes que hay un reino,  
premio de la inocencia,  
dó brilla sin ocaso  
un sol de luz excelsa;

¿Por qué lloras su suerte?  
¿Por qué te llamas ciega?  
Llora mas bien la tuya;  
tú que á vivir comienzas.

Tambien cual tú soy triste,  
y en noche de tiniebla  
sufro el comun destino  
de lágrimas y penas.

La carga de la vida  
sobre mis hombros pesa,  
y espero que la muerte  
á libertarme venga.

Con ciega fé sigamos  
de la virtud las huellas:  
viva el alma en el cielo,  
more el cuerpo en la tierra;

Sin olvidar un punto,  
ó cándida doncella,  
que el justo, por la tumba  
al reino de Dios entra.

ANTONIO ARNAO.

## CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

### SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

#### II.

#### EL LUTO DE UNA CORTESANA.

«Les morts durent peu, laissons-les sur la pierre,  
Dans le tombeau ! hélas ! ils tombent en poussière  
Moins vite qu' en nos coeurs.»

*V. Hugo.*

TERESA Á INÉS.

«Inés ! Inés ! dónde estás ? qué es lo que por mí  
pasa al encontrarme sola en el inmenso laberinto



de la gran ciudad? Sabes tú lo que se siente al encontrarse una libre, dueña de su destino, y lejos de la patria donde han corrido nuestros primeros años? Inés! la mayor de las desgracias acaba de caer sobre mi cabeza.... Mi hermano, mi amado hermano Carlos, ha sido arrebatado por la muerte en el momento en que su destino estaba ya ligado al carro de la fortuna, cuando ya nada tenía que temer por su porvenir ni por el mío.

Jóven, rico, elevado á la dignidad de gran libanero del Emperador, dueño de bienes que la liberalidad de su señor le había asegurado, la muerte le hirió sin piedad, cuando mas feliz se encontraba, cuando su lozana juventud podía prometerse tantos años de vida.

Tú no sabes lo que pasó por mi cerebro al contemplar cerrados para siempre aquellos ojos, al ver desaparecer de entre mis brazos al que era para mí el padre, el hermano y el amigo... Yo creo que mi razón se extravió, porque apenas puedo recordar las circunstancias de aquella terrible noche.

En mi desesperación me asaltó la idea de intentar á mi vida, pero hallé en mi camino una mano generosa que me detuvo, era la del general.

Tomando parte en mi duelo, se me presentó de gran uniforme, llevando en el brazo una banda de gasa negra, y otra igual envolvía la guarnición de su fuerte espada; sus ojos estaban húmedos, su voz conmovida.

—Sé lo que habeis perdido, me dijo con la mayor bondad, un padre, un hermano y un amigo; todo eso era Carlos para vos... Yo tambien he perdido un compañero de fortuna, un amigo querido con quien me unió desde el primer instante una tierna simpatía, y me creo con derecho á protegeros antes que otro alguno. Vos, jóven sencilla, ignorante de los ardidés que el mundo emplea para sitiar á los desgraciados, no podeis permanecer en esta casa, porque estais en la corte de Francia, donde tienen su asiento la hipocresía y la licencia. Venid, pues, yo procuraré ser para vos un protector y un amigo, como lo era vuestro hermano: si no lo consigo, creed, Teresa, no será por falta de voluntad.»

Aquellas palabras resonaron en mis oídos como los ecos de la música mas armoniosa; parecíame que el cielo condolido de mi soledad acababa de ofrecerme un protector, y en mi alegría levanté la cabeza para besar la mano al general; pero éste había desaparecido.

Mis doncellas entraron á poco rato con un magnífico traje de seda negra, y un elegante sombre-

rito del mismo color, adornado solo con un tupido velo de luto... El coche me aguardaba ya, el equipaje estaba empaquetado, y el cadáver de Carlos depositado en la iglesia de San Sulpicio, donde el general había dispuesto unos espléndidos funerales.

¿Qué tenía ya que hacer allí? El general sin duda para allanar todos los inconvenientes, había dado sus órdenes para que me acompañase toda mi servidumbre, y partí acompañada de mis dos doncellas y de mi ama de gobierno, siguiéndome á pie los demás criados hasta el palacio del general, situado en la Plaza de la Concordia.

Por muy acostumbrada que estuviese al lujo y á la comodidad, había en el palacio del general un orden, una exactitud, un no sé qué de aristocrático, que le hacía muy superior al nuestro, que hasta entonces me pareciera una maravilla. Señalarónme para mi habitación un hermoso gabinete oriental, y un salón colgado de raso azul celeste: las primeras horas estuve como aturdida, y no sabía donde me hallaba, pero luego que se fueron presentando mis doncellas y toda mi servidumbre, hube de creer que estaba en mi casa, porque no veía en derredor mío una sola persona que me fuese desconocida.

El general se me presentó á las tres, sumiso y respetuoso hasta hacerme ruborizar, porque al fin yo soy aquí la huésped, por mas que todos se empeñen en hacerme creer que soy el ama. Apenas pude balbucear algunas palabras de agradecimiento, ¡yo que hablaba con él familiarmente, siento ahora un embarazo inesplicable cuando estoy en su presencia!

Después de él entraron mis doncellas con dos canastillos de junco negro; en el uno estaban colocados tres vestidos de luto riguroso, y en el otro tres guarnecidos de cintas de gasa blanca.

Aquí teneis, dijo el general, todos los trajes que necesitais, porque aquí, querida mía, no estamos en Argandenes, donde el traje de luto no se deja hasta que se cae á pedazos: la corte solo viste tres dias de riguroso luto y tres de alivio.... Creo que no querreis ser mas que el Emperador.

Sentí entonces correr por todo mi cuerpo un escalofrío inesplicable, una cosa parecida al remordimiento, y mis labios se abrieron para oponerse á un mandato que yo creía una ofensa, una profanación, para los restos de mi pobre hermano depositados todavia en San Sulpicio, pero el general no estaba ya en el salón.

Como el funeral por el alma de mi hermano tu-



vo lugar aquella misma tarde, no pude verle hasta que entrada ya la noche se me presentó acompañado de su brillante oficialidad, que volvía de conducir los restos de mi querido Carlos hasta el cementerio del Padre La-Chaise.

Te confieso Inés, que por mucho que mi conciencia se resistiese á obedecer las órdenes que acababa de darme, respecto al luto, no me atreví á decirle una palabra acerca de ellas. Además eso chocaría mucho en Argandenes, pero en París la moda es el Emperador, y para vivir en el gran mundo se hace preciso acatar ciegamente sus decretos.

A los tres días el general regaló á mis doncellas los trajes de luto, obligándome cortesmente á vestirme los de alivio, y disponiendo que fuésemos en un coche cerrado á dar algunas vueltas por los Boulevares.

Al principio me parecía que por todas partes me seguía la sombra de mi hermano arrastrando su blanco sudario, pero al fin hube de tomar parte en la conversacion, y el general logró distraer mi ánimo ofreciéndome presentarme dentro de algunos días en casa de la princesa Medora.—Oh! indudablemente, Inés, que será una fiesta magnífica la de la princesa. Es la mujer de moda en París. En mi próxima carta te hablaré de este sarao, que no sé porqué deseo con toda mi alma.—Ah! se me olvidaba... ¿No te fastidias todavía en esa madriguera?.. Vamos ¡si me parece que estoy soñando! sí, soñando, cuando nada te he dicho de tu primera carta, que recibí hace dos días, y que es una hermosa página para un catecismo.... Pobre Inés! no creas que desprecio tus consejos, que son muy buenos para seguirlos en ese ignorado rincón del mundo... ¡Pero aquí... en París! vamos, sería una empresa un poco difícil, pero tú no puedes comprender esto, y así doblemos la hoja, te perdono, y escucha, que te va en ello la vida. Creyendo que tu carta espresaría un vivo deseo de reunirme conmigo, la recibí con la mayor alegría, y me puse á leerla á media voz, ¡cuál sería mi sorpresa al ver tambalearse una de las puertas de tapicería y aparecer al general, que con la sonrisa en los labios me pidió tu carta, la leyó, y me la devolvió en seguida frunciendo las cejas.

—Vuestra amiga, me dijo con amarga ironía, hubiera hecho una excelente misionera... Esta carta puede muy bien tomarse por una *Epístola de San Pablo á los Corintios*.

El sonrojo hizo brotar en mis mejillas el color de fuego, porque tú sabes lo que te amo, lo que

me punzaría la burla, y sin embargo, no pude atreverme á replicar al general.

Ah, Inés! ¿Por qué has salpicado tu carta de tan severas espresiones?

El momento que siguió á las palabras del general fué cruel para mí. Temblaba, temía no sé qué... Por la primera vez se me ocurrió la idea de verme en la calle sola, abandonada.... ¡Esto sería horrible!... antes morir mil veces.

El general notó mi profundo disgusto, mi extraño desasosiego, y su alma generosa tuvo compasión de mí... porque me ama.... ¿Te horrorizas, no es verdad? Amar á un francés!.. Sí, sí, me ama... y... yo... le... amo, Inés!

—Teresa, me dijo estrechando mi mano entre las suyas; yo amo todo lo que tú amas, tú suspiras por esa jóven paisana.... Pues bien, que venga, que deje sus homillas y sus creencias en Argandenes, y que sea para tí una hermana querida... París disipará muy pronto sus escrúpulos.

Yo estaba loca de alegría, bendecía su nombre, y estrechaba su mano con un entusiasmo indecible, porque acababa de concederme lo único que faltaba á mi felicidad.

Ven, Inés, ven... el general te llama, el general que es ahora el *señor*, porque yo no tengo casa; oro, felicidad, todo lo tendrás aquí, pero como dice el general, deja tus homillas á tus ancianos padres, deja tus escrúpulos y tus creencias en Argandenes, y ven á los brazos de tu amiga que te aguarda con ansiedad.

TERESA.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

## LA DESPOSADA IMPERIAL.

(Anécdota de la Historia de Rusia.)

(Continuacion.)

III.

AMOR Y VIRTUD.

Pocos días despues de esta conversacion estaba Angela bordando en el hueco de una ventana. Algun pesar la entristecía. De cuando en cuando dirigía á su padre, que ocupaba su sillón al lado de la chimenea, una mirada cariñosa, y luego, como á pesar suyo, la volvía á la calle, saliendo de su pecho



un hondo suspiro que en vano procuraba abogar. La infeliz no había podido ver sin amar al joven Federico; á pesar de su inocencia había comprendido el nuevo afecto que iba despertándose en su corazón. Sabía la enorme distancia que la separaba del boyardo, y trataba de sofocar un amor que solo la prometía una vida de dolor y amargura: mas ¡ay! qué pueden la voluntad, el convencimiento y la razón cuando este sentimiento se apodera de nuestra alma y la domina! Pedía al Sér Supremo que la librara de esta pasión, que la devolviera su tranquilidad: luchaba inútilmente, cada día amaba mas á Federico: verle, oírle, tenerle á su lado era su única dicha: aborrecía el momento que le separaba de ella; anhelaba la hora que le volvería á traer. Este por su parte no había quedado indiferente á los atractivos de Angela. Él también había perdido la paz del corazón: aquella niña tan pura y tan bella había encendido en su pecho una llama que ya no podía apagarse. ¡Cómo no amar aquella criatura que digna de ser el encanto de la sociedad, sufría la miseria sin murmurar, que llena de abnegación cuidaba á su padre con cariñosa solicitud, sin que jamás se le escapase el menor movimiento de impaciencia: que en medio de la desgracia mostraba una resignación tan grande y tan santa!

Aun no habían cambiado la mas insignificante frase de amor, y sin embargo comprendía que uno solo era su sentimiento. Es que el amor no necesita espresarse con palabras: es que una mirada, ese espejo de nuestra alma, es mil veces mas elocuente que la simple espresión «te amo!» Y Federico había leído su felicidad en los rasgados ojos negros de Angela, bañados de una dulce languidez y en los que se reflejaban sus mas recónditos pensamientos. Y ella también había comprendido la impresión que hiciese en el joven, y en medio del dolor que sufría al considerar que la distancia enorme que los separaba hacia imposible su unión, sentía un secreto placer en pensar que él también la adoraba.

Aumentábase por momentos la impaciencia de la joven porque esperaba á Federico y al discípulo de su padre: por fin les vió acercarse. La espresión de su gozo fué uno de esos gritos informes.

Entraron los dos amigos: el discípulo saludó á Angela, y acercándose á Mr. Marcel empezó la lección. Federico aprovechó aquellos instantes para hablar con su amada.

—Cuánto trabajais, Angela, debereis sufrir mucho.

—Oh! el trabajo es lo que menos me hace su-

frir, cuando con él podré sostener algunos años mas á mi adorado padre.

—Qué buena sois! y cuán digna de que os amen los que os saben apreciar.

Sucedieron á estas frases otras insignificantes, en las que se ocuparon de viajes, de sucesos acaecidos aquí ó allá; esos recursos con que solemos encubrir al principio nuestros sentimientos, con que queremos ocultar los suspiros de nuestra alma. Al fin vinieron á parar en lo que mas interesaba á su corazón.

—¿Y no creéis, dijo Federico, que todos esos magníficos monumentos de la creación, esas situaciones solemnes de nuestra vida, aparecen mas sublimes á nuestros ojos, cuando tenemos á nuestro lado un objeto querido? ¿Y no comprendéis que el amor es la máscara bella de la naturaleza?

—Ah! suspiró la inocente Angela, reconcentrando en aquella exclamación todo el entusiasmo de su vida.

—¿No habeis amado nunca? Decídmelo como hariais á un hermano.

—Federico! contestó solamente la joven.

La acentuación que dió á aquel nombre fué la revelación de toda su alma.

Federico la adivinó y continuó diciendo:

—Os comprendo, y perdonadme si me atrevo á confiaros una de mis mas dulces ilusiones. Angela! ¿Nada os ha dicho el lenguaje de mis ojos? No habeis comprendido que vuestro acento ha despertado el amor en mi pecho.

—Oh, por vuestra madre os ruego que no martirizéis mi corazón!

—Martirizaros!

—Sí! porque no puedo acojer ese amor que me ofreceis, y él es también el sueño de mis sueños.

—Angela!

—Soy una desgraciada que necesita hasta la mas insignificante momento de su vida para su padre: soy muy pobre! tened compasión de mí, y si me amais procurad olvidarme, porque la distancia que nos separa hace imposible nuestra unión.

—Esos obstáculos que vos creéis insuperables, se consumen con la llama de mi cariño.—Si vos correspondéis á mi pasión, nuestras almas se unirán para siempre.

—Ah! por Dios! Federico, no aumentéis mi martirio haciéndome creer en un porvenir de felicidad que jamás he de ver realizado. Oh! el desengaño me mataría!

—Calmáos, Angela, confiad en mí; por inmensas que sean las dificultades que se opongan á nues-



tro amor, yo las venceré todas, os lo jaro. Mi felicidad bien vale sacrificios.

En este dulcísimo coloquio se encontraban cuando el discípulo acabó su lección, y acercándose á donde estaban lo interrumpió para despedirse de la joven.

Federico le imitó murmurando al salir:

—Esperad, Angela!

—La joven le miró partir con tristeza. ¿Cómo pintar las ideas de temor y confianza que se agitaban en su mente? Su corazón quedó como asfixiado en una atmósfera de felicidad y dolor.

(Se concluirá.)

ELOISA GATTEBLED DE SANTA COLOMA.

## CRESCENDO.

Los blandos céfiros,  
las tiernas aves,  
las blancas nubes  
y las suaves  
tintas fantásticas  
del cielo azul;  
el brillo pálido  
de las estrellas  
y el de la luna  
que iba con ellas  
casi borrándose  
cándido tul,  
todo anunciaba,  
todo decia  
que el sol llegaba,  
que amanecía,  
que tras la lóbrega  
noche sombría,  
Dios dijo al mundo:  
¡Sea de día!!

P. A. DE ALARCON.

## VARIEDADES.

### VOCABULARIO DEL AMOR.

(Continuacion.)

**Casa.** Tienda de campaña de las legiones de Cupido. El soldado de la hueste enemiga que en-

tre en ella como no vaya en clase de parlamentario puede considerarse prisionero.

**Casamiento.** Esta palabra es un corolario de la explicada anteriormente.

**Carta.** Hoja de un proceso amoroso contra la libertad masculina. Suelen estar dictadas por las mamás, que son los abogados que entienden en estos negocios. Las niñas actúan como escribanos, y dan fé de estar lo escrito conforme con el original.

**Celos.** *El mayor monstruo*, según dice Calderon en *El Tetrarca*.—Espada de dos filos que esgrime la mujer para defender sus conquistas.—Cadena de sospechas para aprisionar al hombre.—Red de sustos para coger la ilusión cuando se escapa.

Hay que hacer una advertencia, sin embargo, que está en estos versos de Góngora:

*Mas celos entre aquellos  
que se han querido bien,  
hoy son flores azules  
mañana serán miel.*

**Corsé.** Manufactura, producto del arte, y uno de sus mayores y mas útiles inventos.—Modelador de fallos y embellecedor de cuerpos, hasta tal punto, que muchos hombres creyendo casarse con una niña gentil y bien formada se han casado con un corsé.

**Confianza.** Sust. fem.—Seguridad.—Abandono completo á una pasión, nacido del convencimiento de que no hay nada que pueda apagarla.

Se ha mentido y se miente tanto en asuntos del corazón, que para estar hoy seguros del amor de las niñas, es necesario de todo punto inspirarlas *con-fianza*.

Nada afianza mas el cariño que una formalidad hasta solemne en los primeros pasos.

**Cesta.** Dije que llevan los adláteres de los enamorados. Distintivo de las tropas auxiliares de Cupido.—Batuta con que marcan el compás en los duos de la ópera *Il Amore* los directores de orquesta.

**Capricho.** Eslavon en la mujer de la llamada cadena del amor-luz que la curiosidad enciende y la posesion apaga.

*Cuando al alma seducen  
los horizontes  
caprichos en las niñas  
son las pasiones.*



*Mas luego lloran  
algunas haber sido  
tan caprichosas.*

**Consentimiento.** Autorización femenina para la conjugación del verbo *amar*.—*El si de las Niñas* citado anteriormente.—Para comprender todo el valor de esta frase, por medio de la cual parece que abdica la mujer su independencia debe leerse de este modo: *Consenti-miento*.

**Compañera.** Así llama el hombre á la mujer que elije para que le acompañe en su perigrinación por la tierra.

En esta palabra encuentran una dulzura infinita los enamorados, y una amarga ironía los incrédulos, porque acabando con el pretérito del verbo *ser*, tiene algo de queja retrospectiva.

**Constancia.** Propiedad de los feos, según decia en sus cartas al marqués de Saivigné una celebre cortesana del siglo de Luis XIV.—Cualidad aneja á la falta de mérito.

En compensación de esta apoteosis de la inconstancia, hecha por una mujer, hay una redondilla, que oí no sé dónde, pero que de seguro es de origen masculino. Creo que dice así:

*Es la constancia una estrella  
que á otra luz mas viva muere,  
y al que mas con ella quiere  
menos le quieren con ella.*

**Guerpo.** (Véase *Corsé*.)

**Concierto.** Usase esta frase en dos sentidos, como convenio y como reunión filarmónica. En el primero apenas tiene significación, por el abuso que de ella se ha hecho aplicándola hasta á los asuntos comerciales. En el segundo, según dice un escritor que dejó las letras por las leyes, es *una fiesta musical en donde solo se divierten los que cantan ó tocan, y sus familias*.

Los conciertos además, añade el mencionado literato arrepentido, son como los bailes, invenciones modernas para acercar los sexos, puesto que en ellos permite la sociedad á los amantes hacerse amor á voz en grito, exigiéndoles únicamente que por decoro lo hagan en italiano ó en *caló*.

**Cobardía.** Síntoma de amor verdadero y profundo.—Resultado de un exámen de agenos y defectos propios.—Consecuencia sacada con

falsas premisas.—Pasion, hija casi siempre de los celos.

Siéntenla todos los que estiman en mucho el cariño de la mujer que aman, sean fuertes ó débiles. Hay hombres á los cuales cuadran perfectamente cuando se enamoran estos versos de Beauvallet.

*Si devant deux beaux yeux leur grand coeur est  
troublé  
Devant leurs ennemis ils n'out jamais tremblé.*

Esta pasión, sin embargo, es muy perjudicial á los amantes.—Véanse *El castigo del Pensé* *qué y Quien calla otorga*, de Gabriel Tellez.

**Coca.** Almacén de tules.—Aparador de trapos.—Depósito de retales.—Disposición del pelo encaminada á sombrear el rostro y redondear la cabeza.—La mujer es toda arte de arriba á abajo.

**Consecuencia.** (Véase *Constancia*.)

**Costilla.** Mujer, según la Biblia.—Sabido el origen de la causa que las produce, es fácil conocer porqué las dolencias amorosas afectan el pecho.—El adagio dice: *no hay peor cuña que la de la misma madera*.

LA HIJA DE LAS FLORES.

## MODAS.

A pesar de la inconstancia de la temperatura y de los chubascos con que nos regala de cuando en cuando por despedida el caprichoso Abril, las modas de primavera van apareciendo poco á poco como frescas flores que abren sus capullos, y solo esperan para presentarse en toda su lozanía, á que luzca el hermoso sol de Mayo.

En los bien surtidos almacenes de la calle del Carmen, en los de la de Espoz y Mina, y en el que hace esquina á la del Correo, se ostentan lindas y suntuosas telas, brillantes por sus disposiciones y colorido.

Descuella entre otras por su hermosura el *chiné* jaspeado, que se compone de listas anchas, convenientemente graduadas y separadas por un floreado menudito, de colores vivos y cambiantes, que producen el mejor efecto.

Siguen los groses de Nápoles, de diferentes disposiciones, siendo las mas distinguidas en colo-



res gris y punzó. Son tambien de suma elegancia el *Chiné Dubarry*, el llamado *Flor del Mediodía*, esmaltado de las tintas mas suaves, y la *Triguina*, cuyo nombre designa suficientemente sus disposiciones, y que será en la estacion próxima una de las preferidas por la aristocracia femenina.

Sería un nunca acabar si hubiésemos de enumerar otras muchas telas de una riqueza y gusto esquisitos, pero no podemos olvidar como los mas notables los trajes de volantes, con franjas tejidas en la tela, ó con guirnalda de flores, y los gróses á cuadros grandes para reunion, y menuditos para de casa ó confianza.

Las mujeres económicas ó de fortuna mas modesta, encontrarán en la Exposicion de Londres, calle de la Montera, entre trajes de valor, otros de precio módico, de telas de mezcla, que por su brillo, colorido y lindas disposiciones, pueden competir con los de seda.

Uno de los tejidos de mezcla mas apreciados es el *Pelo de cabra listado*, llamado así porque sus disposiciones rayadas *chinés*, están separadas por otras listas de cordoncillos de seda. Tambien hay cortes de vestido, de esta tela, para paseo, con volantes á listas perladas.

Otra de estas telas, y acaso la mejor en su género, es la *Florentina*. No es precisamente lo que se llama un barés, ni una muselina de seda, ni una tafetalina, es mas bien una mezcla de todas estas telas, que compone un tejido sólido, ligero y gracioso, que con algo de la consistencia de la lana, tiene la lijereza de la seda, y se presta con facilidad á las ondulaciones del aire.

Las hechuras presentan hasta ahora poca novedad: se ven sin embargo algunos trajes de talle redondo, y en los que tienen aldeta, se lleva ésta muy prolongada.

En el género de los primeros hemos visto un vestido del mejor gusto para reuniones de noche, ó para recibir en casa. Es de muaré antique, color de malva, con adornos de raso, terciopelo labrado, y enrejados de pasamanería del mismo color. El cuerpo es alto, de talle redondo y sin aldeta: va cerrado con botonadura de seda, y cubierto con un adorno formado de enrejados y bellotas de seda; colocado éste á modo de berta, el escote que figura es cuadrado por delante y por detrás, terminando en punta en el talle, y haciéndola tambien un poco en el hombro, en donde un flequillo cubre el hueco de terciopelo que sigue

á la manga lisa; otro flequillo guarnece el volante de muaré, pegado á pliegues gruesos, en que termina ésta. Sobre la falda lisa y de mucho vuelo, va una túnica de un ancho menos, que la cubre en sus dos terceras partes. Esta túnica está montada al talle en pliegues gruesos: á cada lado tiene una ancha tira de raso, cortada en forma piramidal, y cubierta de un enrejado de pasamanería: otras listas de terciopelo labrado van colocadas en las costuras de la túnica, que termina en otra tira de raso, con los mismos adornos de enrejado y un largo fleco. Un peinado de bandós lisos, con rulós y sin rodete, completa este traje, sin otro adorno de cabeza que un lazo de terciopelo del color del vestido, colocado entre el bandó y el ruló.

Para traje de paseo hemos visto otro de glasé, color de tórtola claro, tambien de falda lisa. Completamente cerrado el cuerpo, con botonadura de seda, va guarnecido de una pequeña vuelta, que forma chal, bajando á ocho centímetros del hombro, y viniendo á morir en el talle, por delante y por detrás. La manga bastante corta, termina en un volante fruncido, que baja hasta el codo. La aldeta de forma redonda, y muy ajustada al talle, es muy larga, y para sostenerse bien necesita llevar algunos plomos en su bajo. Un fruncido de cinta del color del vestido guarnece la manga, y adornos del cuerpo: dos terciopelitos negros contornean este fruncido, pegada al último una puntilla de blonda. Un lazo, tambien adornado de estos terciopelos, sujeta cada una de las mangas; otro se pone á cada estremidad del chal en la cintura, llevando en el de adelante cabos flotantes, muy largos. Está muy bien con este traje un sombrero color de rosa, guarnecido de blondas blancas.

AURORA PEREZ MIRON.

## TEATROS.

Las novedades teatrales de la semana última están reducidas á la representación en el *Príncipe de El ausente en el lugar*, que para su beneficio ha elegido la señora Campos. Esta produccion del Fénix de los ingenios, nada ha desmerecido en la acertada refundicion que de ella ha hecho el señor don Luis Fernandez Guerra. Encomendada su ejecucion, hasta en los papeles subalternos á los principales actores, su éxito ha sido el mas lisonjero. Esta noche tendrá lugar en el mismo coliseo, á beneficio del señor Romea (D. J.) la comedia nueva titulada el *Tejado de vidrio*, original de un aplaudido escritor.



## LABORES.



Como ofrecimos en el mes anterior, nuestra sección de Labores recibe desde este número una grande importancia, dando principio á servirla con grabados traídos de París, y hechos espresamente para nuestro periódico. Esta mejora, que aumenta considerablemente los gastos de nuestra publicación, nos pone en disposición de ofrecer constantemente á nuestras suscriptoras modelos nuevos de cuanto puede apegarse la aplicación y el buen gusto de las señoritas que nos favorecen. La Moda ejerce también su imperio en este ramo de educación, porque no basta que las labores estén ejecutadas con inteligencia y delicadeza, necesitan también un poco del perfume de actualidad y de elegancia.

Encargada esta sección á señoritas inteligentes, que se toman el trabajo de hacer por sí las Labores, antes de esponer sus minuciosos detalles, para asegurarse de la exactitud, no dudamos llenará por completo los deseos de nuestras suscriptoras.

La buena acogida que han merecido nuestros constantes desvelos nos imponen el deber de continuarlos progresivamente, porque la consecuencia también obliga, y con mas razón cuando el buen éxito corona la empresa.

### *CIRCULO para debajo de una lámpara ó quinqué.*

Se necesitan :

1.º Un círculo de cartón fuerte de una tercia de diámetro, sobre poco mas ó menos, que se cubre con percalina verde de un lado ; por el otro con tafetan del mismo color.

2.º Un círculo de alambre grueso, que se cu-

bre con tres vueltas de lana verde : es un dedo menos ancho que el de cartón.

3.º Nueve bellotas, cerezas ó moras artificiales, que se colocan al rededor del alambre anterior, á igual distancia unas de otras, dejándolas el cabo de un dedo de largo.

4.º Fleco verde sin cortar, de un dedo de ancho, para hacer las hojas. Se cortan de él diez y ocho pedacitos de seis dedos de largos : se toma uno, y por medio se pasa un alambre fino; se unen y retuercen luego los dos cabos para que el fleco adquiera una forma redondeada que imite la hoja ; del mismo modo se hacen las demas.

5.º Trecilla de oro, de la que se cortan diez y ocho pedacitos. Se pasa cada uno de ellos por la parte superior del alambre que hay en cada hoja ; se unen abajo, y se retuercen con los del alambre y los del fleco, para asegurarlos.

El fleco para las hojas debe ser de cuatro verdes en escala. Los numeraremos, empezando por el mas oscuro, que será el primero.

Se colocan del modo siguiente:

La primera hoja del núm. 1.—La segunda del núm. 2.—La tercera del núm. 3.—La cuarta del núm. 4.—La quinta del núm. 2.—La sexta del núm. 3.—La sétima del núm. 4.—La octava del núm. 1.—La novena del núm. 2.—La 10 del número 3.—La 11 del núm. 4.—La 12 del núm. 2.—La 13 del núm. 3.—La 14 del núm. 4.—La 15 del núm. 1.—La 16 del núm. 2.—La 17 del núm. 3.—La 18 del núm. 4.

Se necesitan, pues, tres del núm. 1 y cinco de cada una de las restantes.

Colócanse bastante juntas detrás de las bellotas, y al derredor del mismo alambre que aquellas.

A fin de cubrir los cabos se hace una faja de lana verde, de la que se ha empleado para las hojas del núm. 3. Debe tener veinte puntos de anchura, y una vara de larga. Se escalda con agua hirviendo ; se deja secar bien ; se corta luego por me-



dio : quedan dos fajas, que se deshacen, dejándolas dos puntos sin deshacer para que formen pié. Con ellas, como se ha dicho, y pasándolas sobre los cabos de hojas y bellotas se cubren aquellos.

Solo falta ya unir el círculo de alambre al de carton, lo cual se hace por medio de algunos puntos.

Como esta esplicacion es tan clara, no se necesita dibujo que la represente.

### Esplacion del grabado de Labores.

#### NÚM. 1.

**BOLSILLO** largo ejecutado á *crochet* con torzalillo color punzó, negro, é hilillo de oro.

Se hacen ciento diez puntos sencillos con el torzalillo color punzó.

1.<sup>a</sup> *Vuelta*.—Todo color punzó, hecha de puntos dobles.

2.<sup>a</sup>—Ocho puntos dobles color punzó, y dos puntos con hilillo de oro. (Se repite once veces en la vuelta.)

3.<sup>a</sup>—Seis puntos dobles color punzó, sobre los seis que forman el centro del mismo color en la vuelta anterior, y cuatro puntos con hilillo de oro. (11 veces.)

4.<sup>a</sup>—Cuatro puntos color punzó sobre los cuatro del centro de la vuelta anterior, y seis con hilillo de oro. (11 veces.)

5.<sup>a</sup>—Dos puntos punzó sobre los dos del centro de la vuelta anterior, y ocho con hilo de oro. (11 veces.)

6.<sup>a</sup>—Dos puntos color punzó sobre los dos del mismo color de la vuelta anterior.—Dos puntos con hilo de oro.—Uno punzó.—Dos con oro.—Uno punzó.—Dos con hilo de oro. (11 veces.)

7.<sup>a</sup>—Cinco puntos punzó sobre los dos primeros del mismo color de la vuelta anterior, y los tres siguientes: Dos puntos con hilo de oro.—Tres puntos punzó. (11 veces.)

8.<sup>a</sup>—Esta vuelta se hace toda de hilillo de oro, y se aumentan en ella diez puntos, á fin de tener ciento veinte.

9.<sup>a</sup>—\*Diez puntos con torzal negro.—Ocho

puntos punzó.—Cuatro puntos con oro.—Ocho puntos punzó, y se principia otra vez por la señal \* que hay al principio de esta misma vuelta.

10 y 11.—Exactamente como la anterior, colocando los colores iguales unos sobre otros.

12.—\* Tres puntos punzó sobre los tres primeros negros de la vuelta anterior.—Cuatro puntos negros sobre los cuatro siguientes: Ocho punzó.—Diez con hilo de oro.—Ocho punzó, y se repite desde la señal \* de esta misma vuelta.

13 y 14.—Exactamente iguales á la anterior.

15, 16 y 17.—Como la 9.<sup>a</sup>

18, 19 y 20.—Como la 12.

21.—\* Tres puntos con hilo de oro sobre los tres primeros.—Cuatro sobre los cuatro que siguen, y tres sobre los siguientes, que son diez puntos con hilo de oro.—Ocho puntos color punzó.—Cuatro negros.—Ocho punzó, y se repite desde la señal \* que hay al principio de esta vuelta.

22 y 23.—Como la anterior.

24.—\* Tres puntos color punzó, sobre los tres primeros de hilo de oro.—Cuatro puntos con hilo de oro.—Ocho punzó.—Diez puntos negros.—Ocho punzó, y se repite desde la señal \* de esta vuelta.

25 y 26.—Como la anterior.

27.—\* Diez puntos con hilo de oro.—Ocho puntos punzó.—Cuatro puntos negros.—Ocho con punzó, y se repite desde la señal.\*

28 y 29.—Como la anterior.

30, 31 y 32.—Como la vuelta núm. 24.

Se vuelve á principiar por la vuelta señalada con el núm. 9, siguiendo el mismo orden, hasta que haya hechas sesenta vueltas de este dibujo.

61.—Toda con hilillo de oro.

62.—Dos puntos con hilo de oro.—Ocho con punzó. (12 veces.)

63.—\* Dos puntos con hilo de oro sobre los dos de la vuelta anterior.—Uno punzó.—Dos con hilo de oro.—Dos punzó.—Dos con oro.—Uno punzó, y se vuelve á principiar desde la señal \* que hay al principio de esta vuelta.

64.—\* Cinco puntos con hilo de oro.—Dos punzó.—Tres con hilo de oro, y se empieza desde la señal \* otra vez.

65.—\* Cuatro puntos con hilo de oro.—Cuatro con punzó.—Dos con hilo de oro, y se repite desde la señal.\*



66.—\* Tres puntos con hilo de oro.—Seis puntos punzó.—Uno con hilo de oro, y se repite desde la señal.\*

67.—\* Dos puntos con hilo de oro.—Dos puntos con punzó, y se repite desde la señal.\*

68, 69 y 70.—Color punzó.

71.—\* Una presilla sobre el primer punto, la que se ejecuta, como sabrán nuestras lectoras, rodeando el hilo una vez al redor del crochet, y pasándole por medio del punto de la vuelta anterior: se engancha el hilo y se hace un punto en el mismo que se acaba de sacar por medio; se vuelve á coger el hilo y se saca por los dos puntos siguientes; y por último, se vuelve á enganchar y se saca por los dos últimos puntos.—Un punto liso.—Una presilla sobre el tercero.—Un punto liso.—Una presilla, dejando otro por medio, y se repite desde la señal.\*

72.—Una presilla sobre el punto liso de la vuelta anterior.—Un punto liso, y continúa esta labor en el resto del bolsillo.

Se hacen cuarenta y ocho vueltas con el torzalillo punzó.—Dos vueltas con hilo de oro.—Tres vueltas con torzal negro.—Dos con hilo de oro, y seis con punzó.

Se reunen todos los puntos y se coloca una borla grande cubriendo el remate; y el otro extremo se cierra con un punto por encima, poniéndose una borla pequeña en cada esquina, como muestra el dibujo.

## NÚM. 2.

### ENCAJE de punto de aguja.

Se ponen en la aguja doce puntos.

1.<sup>a</sup> Vuelta.—1 p. lis., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 p. lis., 2 trab., 1 meng., 2 ps. lis.

2.<sup>a</sup> Vuelta.—4 ps. lis.—9 del revés.

3.<sup>a</sup> Vuelta.—1 p. lis., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 4 lis., 2 trab., 2 ps. lis.

4.<sup>a</sup> Vuelta.—3 ps. lis., 1 del rev., 4 ps. lis., 7 del rev.

5.<sup>a</sup> Vuelta.—1 p. lis., 1 meng. y 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 p. lis., 2 trabillas, 1 meng., 5 ps. lis.

6.<sup>a</sup> Vuelta.—7 ps. lis.—9 del rev.

7.<sup>a</sup> Vuelta.—1 p. lis., 1 meng. y 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 9 ps. lis.

8.<sup>a</sup> Vuelta.—4 ps. sobrec., 4 ps. lis., 7 del revés.

Y se vuelve á principiar por la primera vuelta.

## NÚM. 3.

### FLECO para adorno de abrigo ó manteleta.

Esta utilísima labor se hace con seda negra, torcida de dos cabos, y con un molde ó mallero de seis milímetros de circunferencia, poniendo la seda doblada en la aguja que se usa para esta clase de trabajo, y que como sabrán nuestras lectoras tiene una horquilla en cada extremo. Se principia por hacer un pié con hilo blanco, dándole la estension del objeto que se quiera guarnecer, y sobre él se hacen cinco vueltas con la seda negra: se dobla la seda á fin de tener cuatro hebras, y se hace la

6.<sup>a</sup> Vuelta.—Rodeando la seda tres veces al redor del mallero así doblada como lo está cuatro veces.

7.<sup>a</sup>—Para el resto del fleco se empleará la seda doblada dos veces nada mas, y para formar los calados ó puntos cruzados indicados en el dibujo en esta vuelta, se hace el primer punto en el segundo de la vuelta anterior; el segundo punto en el primero de la anterior; el tercero en el cuarto y el cuarto en el tercero, y del mismo modo se continúa toda esta vuelta cuidando de coger en cada punto las cuatro hebras que le componen.

8.<sup>a</sup>—Un punto en cada uno de la vuelta anterior.

Ahora darémos la esplicacion de cada pico por separado.

1.<sup>a</sup> Vuelta del pico.—Se hacen diez y ocho puntos ó nudos para esta vuelta.

2.<sup>a</sup>—Se vuelve la malla del lado contrario, y se hace el primer punto en el último que se acaba de hacer, y en esta vuelta se hacen solo diez y siete puntos.

3.<sup>a</sup>—Volviendo la malla como en la anterior, diez y seis puntos.

4.<sup>a</sup>—Quince puntos.

5.<sup>a</sup>—Catorce puntos.



Se continúa así menguando un punto en cada vuelta hasta la diez y siete, la que se compondrá solamente de un punto, y en ella se corta la seda. De esta manera se va haciendo una hilera de picos, colocándolos uno al lado de otro, dejando solo un punto entre cada uno.

A fin de adornar ahora esta labor con azabaches, como marca el dibujo, se toma una aguja con una hebra sencilla de seda, á la que se le hace un nudo á la punta, y se detiene en el primer nudo de la cuarta vuelta del fleco: se ensarta una cuenta en la seda, y pasando la aguja en el nudo inmediato, quedará al aire la cuenta entre el calado: se ensarta otra cuenta y se hace lo mismo, continuando del mismo modo todo lo largo del fleco. Se coloca otro orden de cuentas de la manera ya explicada, entre los nudos de la sexta vuelta, se ponen al rededor de cada pico otras dos carreras de azabaches, como indica el grabado, y en el centro un cuadrito compuestos de cuatro cuentas por todos lados.

El fleco se hace ahora al rededor de los picos, para lo cual se dobla la seda en veinte y cuatro hebras, cortándola así doblada, en cabos de cuarenta centímetros de largo. Se pasan las veinte y cuatro hebras en la presilla mas alta del pico, se igualan bien las puntas, y despues con una aguja henebrada con seda doble, se hace un cordoncillo ó retorcido muy fuerte, asegurando todas las hebras á una distancia de tres milímetros del pico: se deja un espacio de diez milímetros, y se hace un cordoncillo como el primero, y volviendo á dejar otro espacio igual se hace otro tercer cordoncillo: se tira de las dos hebras que estén mas en medio, á fin de aproximar los tres torcidillos todo lo posible, y quedará un globito de seda entre cada uno. Para concluir, se hace un nudo con los cabos de que se ha tirado y la seda que hay en la aguja.

De esta manera se guarnece todo el fleco, dejando una presilla, y colocando en la siguiente los veinte y cuatro cabos de seda del modo ya explicado, continuando así toda la estension del fleco.



### ESPLICACION del pliego de dibujos que repartimos con el número del día 8.

**Núm. 1.** *Guarnicion para mangas:* bordado á realce. El centro de las flores debe ser de calados.

**Núm. 2.** *Guarnicion para enagua:* bordado á pasado y feston. Este dibujo es de tan buen gusto como novedad. El centro de las hojas puede hacerse calado.

**Núm. 3.** *Abecedario de letra inglesa,* bordado á realce.

**Núm. 4.** *Cuello á lo mosquetero:* bordado á realce y feston.

**Núm. 5.** *Esquina de pañuelo:* bordado á feston y plumetis.

**Núm. 6.** *Nombres:* bordado á realce.

### ECONOMIA DOMESTICA.

#### Modo de limpiar guantes.

Para limpiar en seco los guantes de piel se pondrán en un molde á propósito; despues de bien estirados los dedos, se estenderá sobre el guante arcilla ó tierra de manchas bien seca mezclada con una mitad de alumbre en polvo; frótase luego con un lienzo fino ó franela, y se quita por último el polvo que resta con un cepillo ó pincel; frótese nuevamente con salvado y albayalde pulverizado, y sacudiéndolos otra vez se les pasa la franela y quedan limpios. Si están poco sucios bastará frotarles con goma elástica ó miga de pan.





Y descollando entre mil  
fatigada y olorosa,  
cansado el tallo sutil  
que la sostuvo gentil  
hallé tambien una rosa.

—  
Abierta ya, purpurina  
su vida de flor acaba  
aquella flor peregrina  
que á mí su cáliz inclina,  
que aun mi boca rozaba.

## IV.

Ella con súbito frio  
fué de mis sueños agravio:  
ella mató el amor mio  
con la gota de rocío  
que vino á dar á mi lábio.

—  
Por todas partes busqué  
al ángel de mis amores;  
mas ¡ay! en vano lloré:  
la súplica de mi fé  
oyeron mudas las flores.

—  
El nombre quise saber  
que daba el mundo á mi daño:  
y al pasar una mujer  
me dijo: tu padecer  
es... el primer desengaño.

PIO GULLON.

1.º de Abril.

## CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

## SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

—Teresa! repetia Inés con el mayor asombro leyendo y releyendo la carta de su amiga, Teresa! te has perdido... no hay salvacion para tí si la mano de Dios no te arranca pronto de esa sima de corrupcion y desenfreno!

¡Qué deje mis creencias en Argandenes! ¿Y es un lábio de mujer el que pronuncia semejante blasfemia? ¿Y he recobrado la salud para ver perdida el alma compañera de la mía?... Felices, Señor, los que duermen en el sueño de la paz!

Inés se apoyó contra una mesita para no caer,

y añadió con el mayor fervor, cruzando las manos ante el Cristo:

—Tened piedad, Señor, de aquella alma que Satanás persigue sin cesar... ¡Dádme fuerzas para arrancarla del borde del precipicio!

Inés se entregó entonces de lleno á la idea de atraer á Teresa al camino de la virtud, y aquel pensamiento bastó para regenerar su alma apasionada... La que un momento antes se creia débil para soportar las penas de la vida, ahora se hallaba ya fuerte para emprender aquella cruzada contra el demonio del orgullo, sin contar la pobre jóven con los insuperables obstáculos que debian oponer á su fé, la distancia, la riqueza, y las debilidades de la frágil naturaleza humana, deslumbrada por las tentaciones de la soberbia.

Sencilla, inocente, con esa fé ciega que todo lo santifica, creyó firmemente que Dios le daría fuerzas para llevar á cabo su santa empresa, y se levantó llena de esperanza repitiendo con humildad:

—«Oye, Señor, mi oracion, y llegue á tí mi clamor.»

## III.

## EL HERIDO.

—  
«La compasion, sentimiento  
Humano, sensible, puro,  
Pero cimiento seguro  
Para el templo del amor.»

P. J.

Firme Inés en su resolucion de arrancar á Teresa de entre las doradas redes que le tendia la soberbia, se entregaba con alegria á un trabajo asiduo, creyéndose feliz cuando al cabo del día se dejaba caer en su lecho estenuada de fatiga, porque cuanto mas rudas eran sus ocupaciones, tanto mas interés reportaban á la pobre parálitica.

Pero, preciso es confesarlo, todos los esfuerzos de la pobre jóven eran insuficientes para cubrir las necesidades de dos mujeres, y sin los auxilios de su generosa madrina, acaso el hambre hubiera invadido con su horrible y ancha boca la tranquila morada donde habia reinado hasta entonces un holgado bienestar.

Este pensamiento, unido al trabajo fuerte y continuado á que no estaba Inés acostumbrada, hicieron en su imaginacion una impresion penosa, que se reflejaba tristemente sobre su físico.

Su blanco y trasparente cutis tenia una palidez azulada y enfermiza, que hacia temer por su salud; la menor expresion hacia brotar las lágrimas de sus



ojos, fatigados por la vigilia, y el dolor prestaba á su hermosura, naturalmente simpática, un no sé qué de tierno y melancólico, que inspiraba á la vez amor y compasion.

Procurando sacudir á cada instante la eterna pesadilla de sus negros pensamientos, refugiábase en el pensamiento de Teresa como en un santuario, y aguardaba con afan la carta relativa á las fiestas de la princesa, para poder apreciar mejor las esperanzas y las aspiraciones de la cortesana.

Despues de haberse fatigado por los quebrados y pedregosos caminos de las cercanías de Argandenes, acercábase Inés á su casa á la caída de la tarde contemplando con admiracion los magníficos celajes de Occidente, y pidiendo al Dios de tantas maravillas consuelos para su pobre madre, y algunas horas de descanso para sus fatigados ojos.

La casa de Inés, situada en el fondo de un pintoresco valle al lado del camino real, era la primera del pueblo, del que estaba separada por un estenso cercado de árboles frutales, en cuyas encrucijadas formáran en mejores dias graciosos jardiniillos, descuidados hoy y cubiertos de maleza por todas partes.

Acercábase lentamente, y con los ojos fijos en el celaje, cuando llegó á sus oidos un rumor confuso, como el de varias personas reunidas que hablan todas á la vez. Por mas que estuviese segura de que nada tenia por entonces que temer, pues que su madrina acababa de pagar por un año el alquiler de la quinta á su nuevo propietario, sintió Inés un sobresalto, que en vano hubiera querido explicar, y aturdida al percibir mas de cerca el rumor de las voces, abalanzóse á grandes pasos hácia su casa, ansiando por llegar al lecho de su madre para asegurarse de que no habia llegado todavía la hora de su última desgracia.

Pero al llegar al dintel de la puerta sintió que sus piés se clavaban en el suelo, y que le faltaba el valor para proseguir. Era en efecto allí, donde muchas personas hablaban á la vez, donde caras extrañas pasaban de un lado á otro aceleradamente rasgando lienzos y pronunciando palabras que para ella eran incoherentes, y para que nada faltase, alzábase por sobre todas las figuras la cabeza pequeña é inteligente del cirujano, que vueltos los puños de la camisa, y tomando y dejando vendajes, parecia ser el protagonista de aquel imprevisible drama.

A la vista del cirujano, Inés no vaciló ya, y lanzándose de un salto dentro de la sala, abrióse paso hasta el grupo que estaba en medio de la ha-

bitacion, esforzándose en llegar hasta la enferma, que sin duda habria dado en su ausencia una terrible caída.

¡Cuál fué su asombro, al ver tendido sobre la ropa de su mismo lecho un hermoso jóven herido, cuyas facciones, aunque alteradas por el dolor, reflejaban un alma ardiente, noble, apasionada.

Inés exhaló un ligero grito arrancado por la sorpresa y el rubor, y se encaminó tambaleando hácia el lecho de su madre, arrojándose á su cuello con indecible alegría, y santiguándose á escondidas, porque acababa de mirar con interés un herido, que al fin estaba con el pecho y los hombros desnudos.

—Hija mia, dijo el párroco saliendo de entre el grupo y dirigiéndose á Inés, acabo de aprovecharme de tu casa para ejercer una obra de caridad; la mia estaba demasiado lejos, y por eso no he vacilado.

Entonces explicó á Inés en pocas palabras, que aquel jóven, acompañado de sus tres criados, venia de Castilla con el solo objeto de recorrer cazando las pintorescas montañas de Astúrias, y sobre todo las de la célebre Covadonga, que arrojado del caballo cerca de Argandenes, los criados habian acudido al pueblo en busca de socorros, y que habiéndose logrado conducir al herido hasta aquel punto, habian determinado dejarle en la primera casa, á fin de que el cirujano pudiese emprender al instante la primera cura.

—A pesar de tu ausencia, añadió el ecónomo con dulzura, no he vacilado un momento en tomar cuantas ropas fueron necesarias, ayudándonos con sus gestos y con sus gritos tu buena madre, que desde luego me hizo seña de que colocase al enfermo en tu mismo lecho, lo que se hará tan luego como se concluya la cura.

Inés se inclinó respetuosamente y calló, porque no sabia qué decir. Era tan nuevo para ella verse con huéspedes en su reducida casa, era tal el rubor que experimentaba al encontrarse bajo un mismo techo con un jóven, del que al parecer debía constituirse en enfermera, que solo al ver la serenidad del cura y de la paralítica, logró tranquilizar en parte su alma sencilla é inocente como la de un niño.

—Señor, murmuró mirando al cura con timidez, no es posible que se queden aquí los criados, porque la casa es demasiado reducida, y entonces ¿cómo atender al enfermo?

—Oh! Eso está ya todo arreglado, respondió el cura con el tono de una persona previsora, los dos



jóvenes vendrán conmigo, y éste, añadió señalando uno de mas edad, se quedará aquí para atender á su señor. ¿No es esto?

Condujeron entonces al enfermo á la alcoba, colocáronle cómodamente en la cama de Inés, que la misma muchacha cubrió con la mejor colcha que se conservaba archivada en un antiguo cofre, y luego se marcharon, dejándole encomendado al cuidado de Jorge, su mas fiel criado, y á Inés, á la que encargaron nada faltase para su asistencia, pues el herido llevaba en su maleta bastante porcion de dinero, del que la hicieron en el mismo instante depositaria. Apenas se encontró sola con Jorge, antiguo soldado, tan honrado como valiente, empezó Inés á pensar en aquella aventura, que no dejaba de tener para ella interés siquiera por la novedad.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

## LA DESPOSADA IMPERIAL.

(Anécdota de la Historia de Rusia.)

(Conclusion.)

### ACLARACIONES.

A la mañana siguiente salió Angela á entregar unos bordados, fruto de sus veladas, y recibir nuevos encargos; entre tanto llegó á la habitacion de su maestro la princesa Catalina.

Después de un rato de conversacion, preguntó ésta:

—¿Y vuestro discípulo, Mr. Marcel, qué tal, va haciendo progresos?

—¡Ay, señorita, no me hableis de él! ya no tengo paciencia. En mi vida he visto un jóven mas distraído ó mas torpe!

—Vamos, vamos, es que tambien sois demasiado exigente: quereis que todo el mundo tenga un talento privilegiado, y esto es imposible. Bien me acuerdo que cuando me haciais una explicacion y no la comprendia al momento os impacientabais.

—Bien; pero os la repetia segunda vez y bastaba: con éste, no señora; explico las cosas veinte veces y á todo atiende menos á lo que le digo: esto es insufrible! así es que estoy resuelto á decirle que pierda el tiempo en valde y que no vuelva.

—No hagais tal, Mr. Marcel: debeis reflexionar

en vuestra triste situacion y conservar vuestro discípulo, aunque no sea mas que en obsequio de Angela.

Apenas acababa Catalina de pronunciar estas palabras cuando entró precipitadamente la hija de Mr. Marcel, é inclinándose respetuosamente delante de la princesa, exclamó:

—Ah, señora! Ah, padre! si supierais lo que acaban de decirme!

—Qué significa esto? qué teneis?

—Señora, perdonad nuestra ignorancia. Mi padre y yo vivimos tan retraidos del mundo, que no sabemos nunca lo que sucede en él, y bien podria el imperio de Rusia sufrir mil cambios sin que jamás supiésemos el menor acontecimiento: pero, padre, lo que vos ignorais es que la jóven que como un ángel bienhechor viene aquí todos los dias, y á quien llamamos Sofia Augusta, es nada menos que Catalina Alejandra, la desposada de Pedro III y la futura Emperatriz de todas las Rusias.

—Os equivocais, mi querida Angela, dijo Catalina sonriéndose, porque hace un mes que rehusé la mano de Pedro III y el imperio de Rusia.

—¿Y porqué, mi querida discípula? quiero decir, señora! perdonadme.

—Oh! llamadme siempre vuestra querida discípula, me agrada mas este nombre. Rehusé ambas cosas porque no me podian dar la una sin la otra.

—No os comprendo, ¿cómo es esto?

—Hubiese aceptado el Imperio de Rusia si me lo hubiesen dado sin la mano de Pedro III.

—Pues dicen que es un jóven de mucho talento, y ademas muy hermoso!

—Demasiado hermoso, en efecto, y esta es justamente la razon porqué no quiero tener nada que ver con él.

—«De hoy en adelante nadie tendrá que rechazar mi mano por semejante motivo;» interrumpió una voz estraña, y un jóven de unos diez y seis años entró en la habitacion: su presencia era noble y majestuosa, pero tenia el rostro completamente desfigurado por las viruelas.

—En verdad que no sois hermoso, le contestó Mr. Marcel, pero no os dé cuidado, que si sois rico y de una familia distinguida, no dejareis de encontrar con quien casaros.

—Esto es justamente lo que me tiene inquieto. Estoy desposado con una jóven á quien amo muchísimo, pero no sabe que he tenido viruelas, y cuando me vea... se asustará de verme tan feo.

—Asustarse: ¡oh, no! ¿qué os parece Catalina.



—Me parece que la fealdad del señor no me asustaría.

—Oh! repetid esas palabras, señora; os lo suplico! porque la persona con quien debo casarme se os parece en lo hermosa y en la nobleza de carácter. Ha nacido para ocupar un trono. Es... tiemblo de pronunciar su nombre! Es nada menos que Catalina Alejandra!

—Entonces sois... exclamó Catalina, pero estaba tan admirada, tan conmovida que no pudo concluir la frase.

—Pedro III que no contestó á vuestra carta, porque ningun escrito podia destruir un proceder legitimado por mis acciones. Nada quise que os dijera de mi enfermedad, pero me alegraré de haberla pasado, si viendo en mí ya otro hombre os retractais de vuestra carta.

—Con mucho gusto, contestó Catalina; pues ella habia dirigido su carta al Pedro III de hacia dos meses, no al que tenia delante.

Durante la conversacion, el pobre maestro de francés se hallaba en un estado difícil de explicar. Quería levantarse para rendir homenaje á estos dos personajes, mas sus miembros paralizados no le permitian moverse. La princesa observó la primera su embarazo.

—«Estáos quieto, querido maestro, le dijo: me vuelvo á palacio, y os dejo para que deis lección á vuestro discípulo, quien espero las continuará en obsequio mio y vuestro.» Envolvióse en su capa, y preparándose á salir, le dijo á Pedro en voz baja al pasar á su lado:

—Aun soy vuestra desposada.

—Oh! gracias! contestó éste con emocion.

Y la princesa cumplió su palabra: un año despues, el 1.º de Setiembre de 1743, se celebró su casamiento con gran pompa y magnificencia.

A Mr. Marcel le señaló una pension, y le dió alojamiento en su mismo palacio, nombrándole profesor de la familia imperial.

Angela vió realizarse su esperanza. Federico pidió su mano al venerable anciano, que se la concedió. Los dos jóvenes se unieron, y mas tarde fueron los favoritos de los emperadores Pedro y Catalina.

Catalina, que habia nacido en Stettin el 2 de Mayo de 1729 y abrazó la religion de la Iglesia Griega al desposarse con Pedro III, se ha distinguido entre los mas grandes soberanos de Europa. Se ha hecho célebre por los monumentos é instituciones útiles que distinguieron su reinado, y tam-

bien por sus sábios edictos. Favoreció el comercio y reformó la legislación: fundó hospitales, edificó ciudades, abrió canales é hizo florecer las artes en todo el imperio.

En el incendio de Moscow, Napoleon dió prueba del alto aprecio que profesaba á esta princesa, no permitiendo que la escuela fundada por ella para la educacion de huérfanas, en la que enseñaban gratuitamente 6000 niñas, sufriese el menor daño.

Catalina intentaba restablecer el imperio de los Mongoles y destruir el dominio de los ingleses en Bengala, cuando un ataque de apoplejia puso fin á su existencia. Murió el 9 de Noviembre de 1796 á la edad de 67 años; despues de un reinado de treinta y cuatro años, que no principió hasta la muerte de Pedro III, quien fué asesinado el 17 de Julio de 1762 por Alejo Orloff. A la muerte de Catalina subió al trono del Imperio de Rusia, su hijo único Pablo Petrovitch.

ELOISA GATTEBLED DE SANTA COLOMA.

## LAURA STROZZI ó LA SÉTIMA HIJA.

El deseo de la gloria no es otra cosa que el sentimiento de la vida, que se ensaya en rechazar la muerte; el instinto de una grande alma que presiente la inmortalidad.

En Florencia, la artística Florencia, vivía al principio del siglo XVII un pintor llamado Julio Strozzi. Animado de un vivo entusiasmo por el arte divino á que se habia consagrado, el jóven florentino alimentaba la halagüeña esperanza de que sus trabajos inmortalizarían su nombre; figurábase ya verle inscrito, coronado por la fama, al lado de los de Miguel Angel y Rafael; este pensamiento hacia latir su corazón con inesplicable alegría. ¿Qué le importaba su miseria, las privaciones que sufría, sus rudas tareas y sus infructuosos sacrificios? La futura gloria le indemnizaba totalmente.

Sin embargo, la vida del jóven florentino transcurría en un luto continuado, entre la medianía de su talento y su sublime ambición; pues aun cuando se hallaba dotado de una de esas imaginaciones vivas y ardientes, tan comunes bajo el cielo de su bella patria, faltaban á Strozzi los medios de reproducir en el lienzo sus sueños brillantes y sus poéticas inspiraciones. En sus cuadros todo aparecía muerto y frio; dominaba en ellos una tinta